

Dos notas alrededor de la música de la obra de Eliseo Alberto*

Lucila Navarrete Turrent

Las paredes de la finca Villa Berta de Arroyo Naranjo guarecen las palabras y la música que la habitaron. Los domingos, la abuela Josefina Badía o abuela «Chifón», despertaba a sus nietos «arrancándole zarzuelas al piano». Sólo uno de ellos, Eliseo Alberto «Lichi», tuvo el valor de tomar algunas lecciones consiguiendo tocar con soltura. Sobrino de Felipe Dulzaides y nieto de una pianista y maestra de canto, el niño creció soñando con ser un gran ejecutante hasta que el comején hizo del piano un montoncito de aserrín y sus deseos se frustraron. Cambió de teclado, el de la literatura, un legado de su padre: el poeta Eliseo Diego. El adolescente Eliseo Alberto escribió y publicó sus primeros poemarios – *Importará el trueno*, *Un instante en cada cosa* y *Las cosas que yo amo*– hasta que Lezama Lima le dijo: «joven, hay una novela en sus versos».

Lichi dice que al estar solo escucha una contradanza desde el fondo de su memoria: le acompaña «el trino de esa melodía, allá en mi oído profundo, cerca de ese sitio extraño donde uno debe guardar los sueños o, mejor, los recuerdos de los sueños». Por ello *Esther en alguna parte* nos parece un bolero o *El retablo del Conde Eros* se asemeja a una ópera nacionalista del siglo XIX.

Las manos de Lichi son prueba tangible de su afán evocativo. Con ellas teje la prosa en la que se ve a sí mismo frente al piano de infancia o tecleando sus «poemas de joven feliz» en su primera máquina de escribir, como él refiere. La presencia reiterativa de la música cubana en su obra alude a temas de Ernesto Lecuona, El Bolas, Beny Moré y Felipe Dulzaides para enfatizar la tristeza, la alegría y la remembranza. Aunque el lector no esté familiarizado con las melodías y sus letras, el vaivén lírico de oraciones largas con subordinados, la poesía de los escenarios recreados y las melodías de antaño, contagian sentimientos y emociones a través de una música que sin escucharse, se imagina.

La *cubanidad* del escritor y pianista se acentúa con el desarraigo: «El olvido es como el salitre: masca los huesos», dice Lichi apuntando al momento en que sus recuerdos comenzaron a desdibujarse hasta que la impaciencia culminó en un arrebató: *Informe contra mí mismo*; el libro que escribió con franca inocencia y azoro del joven que dejaba de ser. Al paso de los años maduró una pluma atenta a la música de su pasado. Desde *Informe...* la prosa es una danza volcada hacia el otro. *Esther en alguna parte* por ejemplo, puede ser un son montuno en cuyas estrofas responsoriales se dialoga sobre el valor de

la amistad y se circunscribe el homenaje a la familia al universo de la novela, como sucede con el personaje Ismael, inspirado en el sobrino de Lichi del mismo nombre y con particularidades similares.

Dos cubalibres y *Una noche dentro de la noche*, por su parte, son pruebas de una inherente *cubanía*: ritmos ecuánimes que piensan a una patria con la imaginación del escritor y el sentimiento del músico. Los párrafos surgen de las manos que ponen en juego el corazón y la mente, aquellos sitios de la anatomía del escritor y pianista donde surge la mirada que se posa sobre Cuba; donde se escucha y se hace música con el anhelo de curar los desvaríos del destierro.

Las manos del pianista de *Dos cubas...* y *Una noche...* provocan una contradanza desde el tintero y destilan *cubanía* en las páginas: literatura y música se abrazan en inherente complicidad. Abro un paréntesis para dilucidar brevemente la *cubanía*: si algo define a Cuba es su música y su literatura, la primera de mayor raigambre; ya lo dijo Alejo Carpentier en *La música en Cuba*: la isla «tendría ya admirables compositores religiosos e intérpretes de partituras serias, antes de que en la isla se hubiese escrito una sola novela o publicado un solo periódico.» Lichi, nuestro pianista, se expresa de ella en *Dos cubas...* como «nuestro ombligo, el cordón umbilical que nos emparenta, con más pureza genética que ninguna otra manifestación artística, desde el surgimiento de la nacionalidad hasta el día de hoy.»

Eliseo Alberto habita su *cubanía* desde el exilio remitiéndose a la raíz más profunda: la música. «Huérfana de tradición artística aborígen, muy pobre en cuanto a plásticas populares, poco favorecida por los arquitectos de la Colonia –si la comparamos, en este terreno, con otras naciones de América Latina–, la isla de Cuba ha tenido el poder de crear, en cambio, una música con fisonomía propia», insiste el escritor de *El siglo de las luces*.

Nuestro pianista madura su pluma paralelamente a la danza que madura en su oído interno; la interpreta, la reinventa y juega con ella cada mañana cuando escribe y llena las páginas blancas de una tinta oronda de recuerdos. Para el cubano no hay mejor cura que un son montuno o el romance del danzón, la fiesta de la rumba o la melancolía de la contradanza; los ritmos variopintos fungen como hechizo de santería y neutralizan los «años fermentados por el absurdo», pues la música es «bálsamo ideal, milagroso, curativo y sabrosón; [...] es un aire que a pan huele.» Este aire llega al mapa de su oído interno,

fluye entre los latidos de su corazón y provoca que un par de manos de pianista, se diviertan tecleando contradanzas para ser efluvio de recuerdos traducidos en libertad. Como dice María Zambrano: «[el] pasado que un día fue presente puede ser rememorado y traído a conciencia, [...] lo cual quiere decir libertad. Es el pasado que queda libre.»

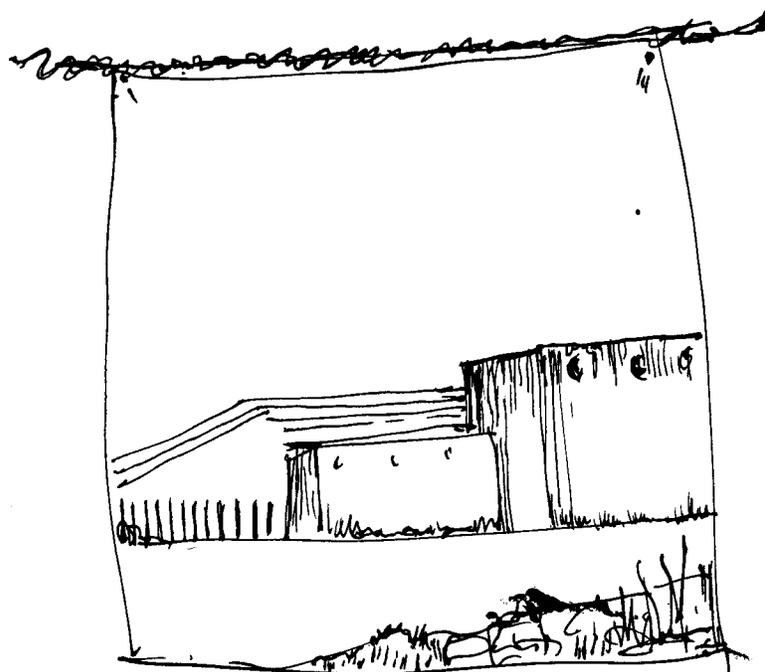
La anatomía rítmica de *Dos Cubalibres* y *Una noche dentro de la noche* enlazan la zarzuela de abuela Chifón, la versión de Lichi al piano de «Marea Baja» cuando era niño, e improvisa así una contradanza en el exilio. Entre sus manos y el teclado, se abren textos en compases teñidos de nostalgia, erotismo o celeridad. Sobre el vaivén de esta música se inventarían recuerdos para no ser víctima del olvido.

Las manos que escriben, uno tras otro, los párrafos líricos de las crónicas y ensayos que conforman *Dos cubalibres* (2004) y *Una noche dentro de la noche* (2006) son anchas y precisas, como las de un pianista que improvisa con inteligencia. Vacilantes y nostálgicas no se precipitan en el sentimentalismo del recuerdo, ensamblan cada texto como si compusieran una entrañable contradanza.

Hay en esas manos de pianista, disueltas en el ritmo de las páginas, una prosa lúdica de precisión periodística, atisbo cinematográfico y narración entrañable. Con su deliciosa forma musical, *Dos cubalibres* reúne los ensayos, columnas, reseñas, artículos periodísticos y argumentos para cine que durante una década —1993-2003— se publicaron en revistas y diarios de circulación nacional e internacional¹.

El libro es un oleaje donde la ficción y la verdad son la honesta confesión de quien le devuelve vida al pasado y transforma la evocación en historias que se cuentan con denuedo, lucidez y virtuosismo musical. *Dos Cubalibres* cosecha una escritura documentada con ceñida melodía que, con el tiempo se modificó y maduró para construir un tejido complejo de memorias que describen y recrean hechos y personalidades encomiables del escenario cubano.

Una noche dentro de la noche por su parte, atreve una improvisación de jazz al aire. Es una unidad de trabajos escritos al calor exigente de la imprenta del diario. La imperfección y espontaneidad periodística de la columna semanal «la rueda dentada», esparce charlas informales



Wesley 2/07

de recuerdos, testimonios y denuncias que publicó *La Crónica de Hoy* durante 2004. Es claro que las manos improvisaban para calentar motores en el desarrollo de una novelística madura. Cada texto marcha hacia un pasado visto en y desde el presente de la agenda cubana y mexicana.

La prosa de cada libro erige una habitación en cuyas paredes resuena el eco de un piano; las manos del pianista son el aliento de una memoria que baila sobre las emociones maduras y el arrebatado de un pensamiento agudizado a lo largo de 18 años de exilio. Las manos, siempre enérgicas, forjan párrafos que sostienen el equilibrio entre el loor amoroso y la precisión periodística; desde los ejes de las palmas, se despliega el ritmo de la distancia obligada.

Un juego pueril y lúcido acompaña la madurez creativa que, sin rencores, delinea *Dos cubalibres* y *Una noche dentro de la noche*, libros que inventarían recuerdos e irradian el eco de un corazón, el de Eliseo Alberto.

Hacia el final de *Dos cubas* el pianista, el escritor se pregunta: «¿estoy adentro o afuera» del libro? 

* Dos fragmento del ensayo homónimo más extenso.

Notas

¹ *El País*, *El Nuevo Herald*, *Reforma*, *La Jornada*, *La Crónica*, *Milenio*, *Nexos*, *Encuentro de la Cultura Cubana*, *Die Weltwoche*, *El País Dominical*, *Milenio*, *Proceso*, *Universitarios*, *Día Siete*, Etcétera.

Referencias

Alberto, Eliseo. *Dos cubalibres*, Océano, 2004.
Alberto, Eliseo. *El retablo del Conde Eros*, inédita.
Alberto, Eliseo. *Esther en alguna parte*, Espasa Calpe, 2005.
Alberto, Eliseo. *Informe contra mí mismo*, Alfaguara, 1997.
Alberto, Eliseo. *Una noche dentro de la noche*, Cal y Arena, 2006.
Carpentier, Alejo. *La música en Cuba*, Letras Cubanas, 1979.
Zambrano, María. *El hombre y lo divino*, Fondo de Cultura Económica, 2005.